

Morir por la patria es vivir

*Avoir peur de l'avenir, cela nous facilite la mort.
Tener miedo del futuro, eso nos facilita la muerte.*
Marguerite Yourcenar

Ella viene de una isla que quiso construir el paraíso. El fuego de la agresividad devora su rostro. Los ojos casi siempre húmedos, la boca suplicante como la de una estatua de bronce, la nariz afilada.

Ella es como cualquier mujer, salvo que abre los ojos a la manera de las mujeres que habitan las islas: hay una tranquila indiferencia en sus párpados. También tiene el cuerpo tenso, en contradicción con sus pupilas demasiado fluidas. No es verdaderamente bella, pero tiene algo... no sabríamos qué, quizás un rictus de ironía o bien un miedo extraordinario. Ella no cambia nunca,

no cambiará. Morirá joven y con todos sus deseos.

-¿Cómo te llamas? - pregunta el Querubín.

Ella cree escuchar la voz de un angelote. Y no responde. El mar informe está detrás de sus pensamientos. De pronto había olvidado su nombre. Y también borra al angelote.

Todo se ha vuelto opaco alrededor de su cuerpo. Sus piernas no responden a la orden de avanzar. Ella levita. Sus piernas no existen. ¿Y ella, ella existe?

Tiene hambre y nada que comer. Su estómago comprende muy bien que debe resistir. En su isla, cada parte del cuerpo debía aprender a resistir. El sacrificio era la escena cotidiana, como la nada. Morir y vivir: el mismo verbo, como por ejemplo reír. Sólo que se reía para no morir a causa del exceso de vida obligatoria.

El espacio se transforma en nube blanca, pura. Podríamos imaginar un muro que acaba de ser pintado con lechada. Nadie se acerca a ella. Además, no hay nadie. Ni siquiera un espíritu. Salvo ella. Creyendo todavía que existe.

Muy ligera, siempre levitando, encuentra un espejo redondo y, para pasar el tiempo, refleja su sexo en el azogue. Ciertamente es una hembra. Por una pequeña cicatriz de seis puntos entre la vulva y el ano ha comprendido, recuerda, haber tenido hijos. Cuántos? No sabe. Su memoria es un gigantesco jardín de péndulos, los tics-tacs y las campanadas impiden que tengan recuerdos. Ideas, ideas muy raras, malsanas, pasan por el hilo del pensamiento. Ideas y sensaciones creadas al instante. Un abanico de imágenes la obliga a aspirar, está gravemente drogada. Ella ama el gusto de la fuga, del viaje al vacío.

Cuando regresa al estado normal llora sin lágrimas, pero su mirada tiene un brillo hidráulico. El líquido salado no corre por sus mejillas. Ella lloriquea acariciando sus manos congeladas. En el momento que cree que debe partir pierde las fuerzas... Siempre habrá que partir y perder la fuerza, la esperanza... Perderse... Nosotros mismos... Uno debe partir... Allí habrá eternamente un sitio, un país que nos espera... Una nada que nos espera... Una nada enternecedora.

Un Ángel rubio y seductor llega, también levitando. Se para muy cerca de ella, le habla y su aliento perfumado al jazmín le hace cosquillas. Soñar, más que soñar. Enseguida ella se enamora.

-¿Usted cayó aquí por accidente? - le pregunta el Ángel.

- No, no me gusta esa palabra... accidente... yo caí por azar.

- El azar ya no existe, querida señora. Usted debiera desconfiar de todos esos discursos antiguos... Es mejor parecer ignorante que nostálgico.

-¿A qué se refiere usted, estimado Ángel, porque es usted un Ángel, no?

-Sí, claro, soy un Ángel... Me refiero a todas las criaturas iguales a usted, inocente y a la vez culpable... Las criaturas conscientes e inconscientes... Hoy



en día, querida Reina...

-No soy una Reina...

-Lo parece... querida Reina... Le decía que hoy en día el Universo es una suerte de desgarramiento radical. No se puede ser una cosa y otra a la vez... Hay que ser prudente...

Ella no comprende ni una palabra, pero encuentra que él habla como alguien infinito... Falso y bello... Inhumano y bondadoso al mismo tiempo... Y ella vuelve a ser como antes: una muchacha confundida ante el primer desconocido. No bien comienza a reflexionar sobre la oscuridad de su pasado, el Ángel cae fulminado por un rayo de oro.

Ella llora, fatal, siempre sin lágrimas. Dirige su cabeza hacia sus senos al aire libre. Está completamente desnuda y no siente vergüenza. Frágil pájaro moribundo, sabe que su infancia está enterrada muy lejos, en lo hondo de sí misma, y constata que no ha envejecido. Está en el medio, en el justo medio de las edades, de los números,

en lo inexplicable. Enfrente reposa el misterio, detrás las tinieblas.

Podríamos decir que la noche va cayendo y que las estrellas van apareciendo como de costumbre: resplandecientes. Sin embargo, no es la noche, ni tampoco un cielo espléndido, estrellado. Es el silencio. El sonido ensordecedor del silencio. Su letanía, dando la impresión de que es la noche.

¡Cuántos sentimientos naturales! La frescura del viento, un beso sobre los labios, la amistad, la canción espesa de la mantigua. Y una risa. Ella busca en vano un rostro en el follaje. Nadie, solamente una carcajada.

-¿Hay alguien? -tembla.

-¡Sí, por supuesto que hay alguien, usted! -responde la Nada.

Ella busca todavía, endemoniada.

-¡No busque más! ¡Existo y no existo!

-¿Y con quién tengo el honor de hablar? -Ella se hace la valiente-. ¿Quién es usted?

-Yo soy yo. Yo soy ése que soy. ¡El que decide! -exclama la Nada.

Ella piensa que siempre hay, en todas partes, ése "que decide". Y que nunca ha sido ella, precisamente, quien ha decidido por sí misma.

- Estoy aquí para explicarle la razón por la cual debe usted partir.

Vacila, no quiere saber. No le gusta conocer, porque conocer para ella significa abrir brutalmente una cicatriz.

-Y bien. Estamos en el Purgatorio. Usted está muerta. Y nosotros, los que decidimos, tenemos un grave problema con usted. Pues tiene cincuenta puntos para entrar en el Paraíso y cincuenta puntos para ganar el Infierno. Su alma es demasiado inocente para obtener el Infierno y fue lo suficiente malvada para merecer el Paraíso. No podemos permitirle una estancia interminable en el Purgatorio... Entonces...

-¿Entonces, qué? - Tiene fiebre. Quiere discutir pero no logra estallar. Pierde fuerzas.

-Entonces soy yo quien decide... -La voz de la Nada penetra en ella.

Un rayo dorado hiere sus ojos, su cuerpo desnudo, su espíritu, mitad sereno, mitad impetuoso... Ella sueña que mares de lágrimas corren por sus mejillas. Abre los ojos a la manera de las mujeres que habitan las islas. Está todavía desnuda, acostada en la arena, el mar alrededor de ella acariciando su piel asfibrada. La han obligado a volver a su isla. Esa isla, que queriendo construir el paraíso, ha creado el Infierno.

Ella no sabe qué hacer. ¿Para qué nadar? ¿Para qué ahogarse?.



ZOÉ VALDÉS (La Habana 1959) Escritora, poeta y guionista de cine. Su primera novela "La Hada Cotidiana" a donde regresó en este fragmento, se convirtió en un best-seller.